

Hoy tampoco es el día en que voy a morir

Juliana Vargas Leal

Image not found.

Capítulo 1

Hoy tampoco es el día en que voy a morir

- Mira, ahora existen los ciborgs

- ...¿Qué?- contestó Melinda distraídamente mientras intentaba encender la estufa, sin éxito.

- Un loco se hizo implantar un chip bajo su piel. Según esto, ahora ya no necesita tarjeta para entrar a su oficina, ni código PIN para su móvil. Puede tuitear de forma instantánea, encender las luces de su casa y ajustar su intensidad con un gesto de la mano.

- O sea que...¿Ahora hace parte del Internet?

- No...creo que así no funciona...pero dice que podría cambiar los actuales medios de pago, las tarjetas del transporte público, y la forma en que se controlan los recursos, lo que sea que signifique eso, ¿te imaginas?

- No entiendo de qué hablas. Ven, más bien ayúdame con esto.

Manuel se levantó de la silla dejando el periódico que había traído de Bogotá a un lado y se acercó a la estufa. Debajo de ella había una placa de hierro vacía- Mi vida, debes meterle leña para encenderla- dijo riéndose.

- Estoy empezando a creer que no era tan buena idea venir hasta acá- Melinda se desparramó en la silla que había dejado su esposo y suspiró- No deberíamos ir en contra de la corriente alejándonos de todo tipo de civilización leyendo artículos extraños mientras el resto del planeta sí está conectado a Internet.

- Tranquila, tranquila. Era la única forma de tener tiempo para nosotros dos, y nada más que para los dos. Tú descansa mientras voy por la leña. Manuel salió, dejando a Melinda en medio de una casa encantada- "Sí, una casa encantada, como de esas que salen en los cuentos de hadas y en las que viven magos tan antiguos como el tiempo"- . El pueblo más cercano se encontraba a tres días caminando por un sendero tan estrecho que ni los caballos podían adentrarse en él. Luego de tres días en ese bosque caminando entre matorrales y durmiendo sobre tierra, llegó tan cansada a la famosa casa que tiró su maleta y saco de dormir en el primer rincón que encontró. Está bien, la casa sí era hermosa. Las paredes eran blancas y el techo de bambú. Era pequeña, tan solo se componía de una pequeña cocina, la alcoba principal y un comedorcito en el que apenas cabían los dos; pero era acogedora y el frente de la casa se componía de un vidrio que la atravesaba y daba vista a todo el valle. Sí, definitivamente

hermosa, y también escondida en medio de un claro detrás de un bosque al que sólo llegaban aves y cigarras.

A Melinda se le hacía extraño que en ella hubiera habitado una pareja hasta hacía poco. De dónde sacaban la comida, qué hacían cuando alguien enfermaba, si alguien se perdía en ese bosque cómo se comunicaban- "Bueno, hace siglos vivíamos así, supongo que no es tan extraño como parece"- . Por su parte, ella prefería las comodidades del supermercado de la esquina, tener su celular a la mano y una estufa de gas; pero su esposo había insistido e insistido. "Vamos, hace tiempos que no veo una estrella", "deja ese aparato en la casa y démonos un tiempo juntos", "me está agobiando esta ciudad triste y gris. No soporto más los trancones y el ruido", "vámonos, vámonos. Olvidémonos de todo un rato"- "pero tú te encargas de encender esa desgraciada estufa, amor".

Manuel volvió a entrar cargando leña- "La familia que vivía acá mantenía una reserva de leña cortada. Creo que nos alcanza para los tres días"- . Colocó la leña sobre la placa y encendió la estufa. Luego sacó un paquete de sopa instantánea que habían comprado antes de salir de la ciudad y la arrojó en la olla. Melinda cerró los ojos un momento mientras el aroma a madera quemada que nunca había olido en su vida le hacía arrugar la nariz.

- ¿Melinda? ¿estás dormida? ¡Acabamos de llegar!

- Estaba soñando con lo útil que sería un chip de esos bajo mi piel en este momento.

Así habría podido prender la estufa sin necesidad de esa madera maloliente.

- Entiendo que estés molesta- contestó Manuel luego de un silencio prolongado- Fui yo quien te arrastró hasta aquí. Yo sólo buscaba un espacio, Melinda. Sabes que lo necesitamos. A veces siento que apenas nos conocemos.

Manuel se acercó y acarició su cabello. Melinda estaba brava y planeaba continuar en ese estado, pero aquel roce hizo que respirara de forma más pausada y relajara sus tensionados músculos- "Estoy siendo muy dura con él. Quiere recuperar nuestro matrimonio y yo le estoy complicando las cosas"

- Además, los chips no funcionan así, creo que eso de prender la estufa telepáticamente sería magia- Manuel se rió, intentando liberar un poco la tensión.

- Igual me gustaría un chip de esos. Me ahorraría eso de estar pendiente

de las facturas- tuvo que responder Melinda, siguiéndole el juego.

- Creo que le pagaron a la persona que se ofreció a que le implantaran el chip- Melinda abrió los ojos y lo miró de forma inquisitiva. Manuel se encogió de hombros- Fue el único que se ofreció y parece que desapareció. a leña comenzó a crepitar, como si quisiera unirse a la conversación. Melinda volteó a mirarla, y era solo eso, leña- "La parte en que el espíritu del bosque sale de entre el humo solo aparece en esos cuentos de hadas"- . Sin embargo, los fuertes latidos de su corazón le decían lo contrario.

- Apaga la estufa, Manuel, y vamos afuera un rato.

- Pero si...

- Querías un tiempo a solas. Comencemos ya, ¿te parece?- y le dio una de sus sonrisas más encantadoras, de esas de las que él se había enamorado unos años atrás.

- ¿Crees que esta noche sea estrellada?- preguntó Manuel, devolviéndole la sonrisa.

- No lo sabremos si no salimos de la casa.

En efecto, la noche estaba estrellada. Orión, la Osa Mayor, Draco, Géminis, Piscis, Tauro...incluso la Cruz del Sur estaba visible. Esas novelas rosa en las que los protagonistas se enamoraban bajo las estrellas ya no le parecieron tan fantasiosas a Melinda. Eso era lo que necesitaban: acostarse sobre la hierba y mirar la inmensidad que no se podía contemplar entre las luces artificiales y el humo de Bogotá. Ese viaje al olvido era lo que necesitaban para recuperar su matrimonio. Había perdido el fuego de la pasión entre reuniones de trabajo, llamadas en la madrugada y chats urgentes a las once de la noche. La vida era muy agitada allá. Cuando no era su jefe llamándola era su subordinado preguntándole estupideces por el chat. Cuando no era su subordinado era su madre quejándose porque ya no se acordaba de ella. Cuando no era su madre era la falta de comida en la despensa, por lo que tenía que salir corriendo al supermercado. Cuando no era el supermercado...el beso de Manuel interrumpió el torrente de pensamientos que siempre perturbaban su matrimonio. ra un beso desesperado, cortante, lleno de esperanza e ímpetu. Era un beso que ahogaba y al mismo tiempo agitaba la respiración. Era un beso húmedo porque las lágrimas de Manuel acariciaban los labios de Melinda. Era un beso seco porque no podía zafarse de haberlo querido. Las manos de Manuel comenzaron a recorrerla como si nunca antes la hubiera explorado antes, como si tuvieran que descubrirla de nuevo ahora que quería recuperar el amor perdido. Cuando se fundieron en uno solo, las constelaciones le advirtieron a Melinda que tuviera cuidado: Orión le gritó que el amor podía llegar a matar; Draco,

que a veces adquiría la forma de una serpiente venenosa; Géminis le repetía aquella frase de cajón que decía que del amor al odio sólo había un paso, pero que era tan cierta- "Todo eso lo he aprendido a lo largo de estos años de monótona y vacía convivencia...Lo sé, lo sé. Pero ahora estamos en mitad del olvido, todo eso acá no tiene sentido"- . Ya las cigarras cantaban al ritmo de sus cuerpos. Fue un canto vibrante, jadeante, renovador. Cuando terminaron, Melinda sabía que las cigarras habían terminado tan exhaustas como sus sudorosos cuerpos.

- Te amo, Manuel Su esposo no respondió, tan sólo le cogió la mano. Pasaron unos cuantos segundos sin que se escuchara nada, ni siquiera las cigarras que estaban tan animadas

- Hacia mucho que no me lo decías- finalmente respondió.

- Necesitaba decirlo en voz alta para que las estrellas y las cigarras fueran testigos.

- No te olvides de la casa

- ¿La casa?

- La luz de la casa estuvo intermitente mientras cantaban las cigarras. Fue como si...como si fuera a su ritmo. Mañana tendré que revisarla.

- ¿En serio? No me di cuenta. ero claro que sí se había dado cuenta, otra cosa es que no hubiera querido aceptarlo.

A la mañana siguiente fue Melinda quien encendió la estufa con una sonrisa un tanto tonta en la cara. Manuel se había vuelto a sentar en aquella silla del comedor, esta vez sin el periódico en la mano. Ahora sus ojos estaban más concentrados en la excitación que las caderas de Melinda ocasionaban, que en los impulsos electrónicos de microchips. La mirada lasciva ya estaba sonrojando a Melinda. Si la hubiera mirado de esa forma unos días antes, la habría incomodado en lugar de emocionarla.

- Debieron ser muy felices viviendo acá.

- Sí, eso escuché

- ¿Ah sí?

- Alquilé esta casa por una conversación que tuve con el alcalde del pueblo. Me parecía lo suficientemente tranquilo, pero pedí cita para preguntarle sobre la seguridad. Me comentó que si quería tranquilidad esta casa era perfecta, y si quería recuperar a mi esposa mejor que

mejor. La pareja que vivió acá lo hizo durante cincuenta años.

- ¿¡Cincuenta años?! ¿En cincuenta años qué se puede hacer en un lugar que está a tres días del pueblo más cercano? ¿De qué vivían? ¿de la caza de ciervos?

- Y conejos. También sembraban hortalizas y legumbres, tenían unos cuantos mangos que aún están por ahí y unas cuantas reses. Luego de ordeñar y dedicarse a la huerta... Bueno, tenían mucho tiempo libre...- otra de esas miradas recorrió a Melinda de arriba a abajo-. Aparecían pocas veces en el pueblo, pero siempre cogidos de la ano. Vendían frutas, vegetales y leche una vez a la semana y luego volvían a recluírse en su rinconcito.

- ¿Y dónde dormían durante esos tres días de viaje?

- Sobre el mismo suelo en el que dormimos anoche- continuó Manuel riéndose-.

Parece que eran la pareja más feliz de los alrededores, hasta que la mujer sufrió una caída. Estuvo dos semanas en cama, y cuando logró levantarse, el dolor en la cadera no le permitió caminar. El marido solicitó ayuda en el hospital del pueblo, pero los costos de la operación eran astronómicos. Esa fue la última vez que se vio a la pareja en el pueblo.

- ¿Y el alcalde te contó toda esta historia sólo para alquilar una casa?

- Creo que supuso que la historia de amor me conmoviera- repuso Manuel, encogiéndose de hombros- y en verdad lo hizo, pensé que el pasado de la casa me ayudaría en mi objetivo... Lo hizo, ¿no? Melinda no respondió. Hubo algo en la mirada de Manuel que no le gustó, ya no había amor, ni siquiera lascivia en aquella mirada. Era algo más... el brillo de sus ojos denotaban algo más oscuro. Un viento repentino la distrajo y se acercó a la ventana. Nada. Últimamente estaba muy paranoica y viendo cosas que no eran- "Parece que mi imaginación vuela cuando estoy tan alejada del mundo".

- ¿Cómo termina la historia?- Preguntó Melinda, más por distraer sus pensamientos que porque en serio estuviera interesada.

- El resto son rumores de vecinos. El hombre sacó dinero de quién sabe dónde. Unos dicen que lo robó, otros que se lo ganó en una lotería, y hay algunos que hasta dicen que vendió la casa aunque sabemos que eso no es verdad. Lo cierto es que parece que usto cuando consiguió el dinero murió de un paro cardíaco. Su esposa quedó totalmente sola y murió más de la tristeza que del dolor físico.

- No tenían vecinos...

- La pareja no vivía tan aislada antes. Hablando de la seguridad del pueblo, el alcalde me confesó que hace poco hubo un incendio que arrasó con todas las casas cercanas.

Comenzó destruyendo una y un fuerte viento lo arrastró por todas estas tierras. La única casa que quedó intacta fue esta. Hablando de seguridad, me pareció un buen augurio.

- Vaya...- se limitó a decir Melinda, mientras se pasaba la mano sobre el cabello que el viento le había acabado de revolver.

Esa noche durmieron en la alcoba principal. Por primera vez en varios días, Melinda por fin dormía sobre un colchón y bajo cobijas de lana, aunque eso no impidió que tuviera pesadillas. Soñó que se encontraba inmóvil sobre la cama. Cuando intentaba levantarse, un dolor penetrante en la cadera le impedía desplazarse en lo más mínimo. Entonces, llamaba a Manuel a gritos, pero no aparecía por ningún lado. Gritaba hasta que la garganta le ardía y Manuel seguía sin aparecer. Llegaba a pensar que Manuel la había abandonado, pero de pronto veía un resplandor que provenía de la cocina. "¿Manuel?" volvía a preguntar, y como respuesta las luces comenzaban a prenderse y a apagarse, prenderse y apagarse. Melinda comenzaba a espantarse, y un instinto de supervivencia le decía que saliera corriendo de allí, pero la cadera la mantenía clavada a la cama...cadera desgraciada. Comenzaba a hiperventilar y su corazón a palpar tanto que sentía que iba a salir disparado del pecho.

"¡Déjame salir, Manuel! ¡Por favor!" pero no había respuesta, solo aquellas luces que se ndían y apagaban, que se prendían y apagaban. Y de pronto Manuel le hablaba. Esperaba escucharlo desde la cocina, a la luz de la estufa de leña, pero la voz provenía de su cabeza.

- Tranquila, estoy acá

- Manuel...¿Dónde estás?- Melinda intentaba levantarse de nuevo, y ese intenso dolor la devolvía a la cama como un imán.

- Tranquila, estoy acá. Me quedaré a tu lado. Hoy no es el día en que voy a morir.

- ¿De qué estás hablando?

- Hoy tampoco es el día en que voy a morir...¿A dónde va el alma después de la muerte?

- ¿Qué?, ¿de qué hablas? ¿iDónde estás, Manuel?!

- Sigo acá. Tranquila, nunca me iré.

El dolor en la cadera se intensificaba y Melinda gemía en respuesta- "Voy a morir si nadie me ayuda"- . Al no poder ver a Manuel, le gritaba al aire, a Dios, a la Nada, a quien fuera.

Sabía que nadie vendría a ayudarla y moriría sola en esa cama- "Moriré en esta casa en medio de la nada. Hermosa, sí, pero escondida en medio de un claro en la que solo llegan aves y cigarras"- . Y entonces sentía a Manuel junto a ella como él lo había prometido; pero también lo sentía trepándose por las paredes, y bailando entre las llamas bajo la estufa de la leña, y arrastrándose por el viento, y hasta en los truenos que ahora empezaban a romper la noche. Estaba consumido por la ira, Manuel se olvidaba de sí mismo. Melinda estaba aterrorizada- "podría hacer cualquier cosa"- y los gritos desgarrados provenientes de afuera que empezaron a pedir auxilio le respondieron. Melinda podía ver sus sombras danzando sobre el fuego y los truenos, así que cerraba los ojos para evitar la escena dantesca de la cual ella era la causante. Entonces la leña crepitaba turbadoramente, el resplandor de fuego llegaba a enceguecerla e incluso llegaba a sentir cómo el calor alcanzaba a lamer sus doloridos músculos. Y aparecía una silueta en el umbral de la alcoba, iluminada por el fuego.

- ¿Manuel?- preguntaba Melinda- "Oh por Dios, quién es".

La silueta se acercaba a la cama y las cigarras acompañaban el ritmo de sus pasos con una canción violenta y lóbrega. Su canto retumbaba en los oídos de Melinda como un televisor sin señal a todo volumen.

Melinda despertó sudando. A su lado, Manuel también se despertó con su sobresalto y le cogió la mano con suavidad para tranquilizarla.

- ¿Tuviste pesadillas?- preguntó Manuel mientras le acariciaba el cabello.

Melinda no supo qué contestar. El dolor había sido real, la voz había sido real, el canto había sido real...aquella silueta también.

- Prende la luz, por favor- logró balbucear al final, temiendo que de pronto comenzara a titilar de la nada.

Manuel se levantó y la prendió- "Sí, en verdad es él. Seguro que es Manuel"- , y así como un niño se olvida del Coco al llegar la mañana, Melinda se tranquilizó al disipar la oscuridad.

No obstante, también se percató del periódico que reposaba sobre la mesa

de noche de Manuel.

- ...¿A dónde va el alma después de la muerte?- murmuró Melinda sin pensar.

- ¿Qué? Melinda le daba vueltas la cabeza. El crepitar de la leña, la luz, las cigarras...Un televisor sin señal dentro de su cabeza zumbaba entre sus pensamientos. El viento, los truenos, el fuego...Se levantó de la cama con cuidado de que no le doliera la cadera y cogió el periódico- "no seas idiota, tu cadera está bien"- y pasó las páginas con frenesí buscando la noticia. Las manos le temblaban cuando al fin la encontró. El chip que se implantaba bajo la piel; el loco que se había ofrecido para verificar el éxito del invento; con el chip ya no necesitaba tarjeta para entrar a su oficina, ni código PIN para su móvil; podía tuitear de forma instantánea, encender las luces de su casa y ajustar su intensidad con un gesto de la mano; pero había más. "El oferente vive bajo circunstancias especiales que nos darán la oportunidad de explorar el potencial del invento"- leyó-. "Queremos sacarle todo el provecho a las oportunidades que nos dan las ondas electromagnéticas, y nuestro ayudante nos dará una luz sobre qué tan numerosas son". Melinda había estado muy equivocada, o más bien había sido miope.

- No está conectado a Internet, está conectado al Todo...o a la Nada, como quiera que se vea...- Volvió a murmurar, pues necesitaba proyectar sus pensamientos en voz alta para convencerse- Hoy tampoco es el día en que voy a morir...-. Sus ojos se perdieron en la Nada que ahora la amedrentaba tanto.

- ...Melinda...¿de qué estás hablando?- Manuel posó su mano sobre la frente- Estás enferma. Si quieres salimos ya, te llevaré a un hospital.

- Sí, salgamos...antes de que vuelva.

- ¿Qué?- Manuel ya comenzaba a empacar las cosas que estaban en la alcoba-. Vamos Melinda. No hay nadie más.

- Sí. Está él aún llorando a su esposa. Fue él quien murió primero, afortunadamente. Ella finalmente estaba condenada a morir. No me imagino cómo sería quedarse solo acá, sin el amor de tu vida y esperando impacientemente a que en algún momento llegue la muerte a tocar la puerta.

- "Hoy tampoco es el día en que voy a morir"

- Estás desvariando. Vámonos.

Sin embargo, cuando la tomó de la mano se quedó inmóvil. Melinda se topó con su mirada y retrajo su mano bruscamente. Volvía aquella mirada

que no le había gustado antes. No había amor, ni siquiera lascivia. Era una desalmada necesidad de posesión.

- Hoy tampoco es el día en que voy morir- se limitó a decir Manuel, aunque su voz salió forzada y grave.

Si se había conectado al fuego, al viento y a las cigarras ¿por qué no conectarse a un hombre que buscaba el amor perdido? Orión le había gritado que el amor podía llegar a matar; Draco, que a veces adquiría la forma de una serpiente venenosa; Géminis le repitió una y otra vez que del amor al odio sólo había un paso. De haberlos escuchado, tal vez se habría podido salvar. Quién pensaría que el amor eterno verdaderamente existiera. Quién pensaría que realmente era una condena.